


HISTORIA DE UNA BALLENA BLANCA


colección andanzas

1

El antiguo idioma del mar

Una mañana del verano austral de 2014, muy cerca de Puerto Montt, en Chile, apareció una ballena varada en la costa de gujarros. Era un cachalote de quince metros de longitud y su cuerpo, de un extraño color ceniza, no se movía.

Unos pescadores opinaron que tal vez se trataba de un cetáceo desorientado, otros indicaron que posiblemente se había intoxicado con toda la basura que se arroja al mar, y un gran silencio de pesadumbre fue el homenaje de todos los que rodeábamos al gran animal marino bajo el cielo gris del Sur del Mundo.

El cachalote estuvo apenas dos horas mecido por las débiles olas de la bajamar,

hasta que se acercó un barco, fondeó a poca distancia, y unos hombres se echaron al agua provistos de gruesos cabos que anudaron a la aleta caudal o cola del animal, y luego, muy lentamente, el barco puso proa al sur arrastrando el cuerpo sin vida del gigante marino.

—¿Qué harán con la ballena? —pregunté a un pescador que observaba cómo se iba alejando el barco con su gorra de lana entre las manos.

—Respetarla. Cuando alcancen la mar abierta a la salida sur del golfo, abrirán su cuerpo y lo vaciarán para que no flote, entonces dejarán que se hunda en la oscuridad fría del océano —dijo en voz baja el pescador.

Muy pronto el barco y la ballena desaparecieron entre los perfiles inciertos de las islas y la gente se alejó de la costa, pero un niño se quedó mirando fijamente el mar.

Me acerqué a él. Sus ojos de pupilas oscuras escudriñaban el horizonte y dos lágrimas recorrían su rostro.

—Yo también estoy triste. ¿Eres de aquí?
—dije a manera de saludo.

El niño se sentó en la playa de guijarros antes de responder, y yo hice lo mismo.

—Claro. Soy *lafkenche*. ¿Sabes lo que significa? —preguntó.

—«Gente de mar» —contesté.

—Y tú, ¿por qué estás triste? —quiso saber el niño.

—Por la ballena. ¿Qué le habrá ocurrido?

—Para ti es una ballena muerta y para mí es mucho más. Tu tristeza y la mía no son iguales.

Permanecimos en silencio durante un tiempo, medido por las olas que iban y venían, hasta que me ofreció algo más grande que su mano.

Era una concha de loco, un caracol marino muypreciado, de cáscara exterior rugosa, pétrea, y de interior blanco como las perlas.

—Pégala a tu oreja y la ballena te hablará —dijo el pequeño *lafkenche*, y se alejó

con pasos rápidos por la playa oscura de guijarros.

Así lo hice. Y bajo el cielo gris del Sur del Mundo una voz me habló en el viejo idioma del mar.

